¿UNA OPORTUNIDAD PARA IRÁN?

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Hace unos días daba la vuelta al mundo una fotografía del presidente Obama hablando por teléfono. Su interlocutor era nada más y nada menos que el presidente de Irán, Hasán Rohani. El precedente de esta llamada telefónica habían sido las conversaciones entre las delegaciones estadounidense e iraní en el seno de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Sin duda, estos contactos al más alto nivel tienen una importancia inédita en las últimas décadas. Este tipo de contactos entre ambos ejecutivos no se daban desde 1979, cuando se produjo la caída del sha, Mohamed Reza Pahlevi. Éste había llegado al trono en 1941, tras ser su padre obligado a abdicar por sus simpatías con el régimen nazi cuando las tropas británicas y soviéticas invadieron el país. De forma que, concluida la Segunda Guerra Mundial, Irán era ya el principal productor y exportador mundial de petróleo, si bien estos beneficios no revirtieron en la mejora del nivel de vida de las clases populares del país. El aumento del malestar social obligó al sha a nombrar en 1951 primer ministro a Mohamed Mossadeq, un nacionalista a ultranza que gozaba del apoyo de las autoridades chiíes y que no dudó en nacionalizar el petróleo, y en que Reza Pahlevi abdicara y marchara al exilio, después (1953). Desde luego ésta fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de británicos y estadounidenses, quienes, con el decidido apoyo de la CIA, derrocaron al gobierno de Mossadeq y restituyeron en el trono al sha. A partir de ese momento, su dependencia de estas potencias, en especial de los EEUU, fue total. Si bien, aprovechándose de los beneficios del petróleo, inició un programa de reformas de modernización, poniendo en marcha unas medidas económicas que contribuyeron a cambiar notablemente a la sociedad iraní. Un claro reflejo de esta transformación fue el aumento demográfico, pasando de 16 millones en 1946 a 34 en 1976, lo que implicó que la población se rejuveneciese sensiblemente, hasta tal punto que en 1976 los menores de 25 años suponían 63,4% de la población total.

Estas reformas, sin embargo, fueron llevadas a cabo con mano de hierro y si por algo se caracterizó el cuarto de siglo que Reza Pahlevi gobernó el país en esta segunda etapa fue por su manifiesto despotismo y por estar al servicio de los intereses de sus aliados. Sólo con la llegada en 1976 del demócrata Jimmy Carter a la presidencia estadounidense este apoyo incondicional al sha empezó a resquebrajarse. El discurso del nuevo presidente a favor de los derechos humanos supuso un caldo de cultivo para la oposición iraní, que empezó a denunciar el despotismo, la corrupción y la falta de libertades existentes en Irán. Tal es así que a partir de 1978 las cosas se precipitaron, extendiéndose las revueltas por diferentes puntos del país. Para principios de 1979 la situación era ya insostenible: la revolución islámica estaba en marcha. Las peticiones de que regresara el ayatolá Jomeini, exiliado en París, eran constantes. A primeros de año multitudinarias manifestaciones recorrían Teherán y otras ciudades del país, haciendo que el 16 de enero el sha terminara por huir. Sólo unos días más tarde, el 1 de febrero, Jomeini estaba ya en Irán. A partir de ahí comenzó la lucha interna dentro de la oposición por hacerse con el control del poder, resultando vencedores los islamistas de Jomeini.

Precisamente, dentro de esta lucha de poder hay que situar el asalto de la Embajada de los EEUU en Teherán y la toma de 53 diplomáticos como rehenes en noviembre de 1979 a manos de unos quinientos estudiantes partidarios de Jomeini. A nivel interno, el ataque pretendía desprestigiar al presidente del gobierno provisional, el liberal Mehdi Bazargan; a nivel internacional, era un ataque contra la potencia que más apoyo había dispensado a Reza Pahlevi. La situación se complicó con el fracaso de la operación de rescate ordenada por la Casa Blanca, algo que, en última instancia, terminaría por costarle la reelección como presidente al propio Carter frente a Ronald Reagan. Pues bien, desde entonces, las relaciones entre EEUU e Irán han sido muy espinosas, atravesando por momentos extremadamente delicados. Por ejemplo, cabe recordar que, tras el atentado del 11-S, el presidente George W. Bush llegó a hablar en 2002 de un Eje del Mal conformado por Irán, Irak y

Corea del Norte, según él, los grandes sostenedores del terrorismo internacional. En este sentido, el apoyo dispensado por Irán a la milicia chiísta Hezbollah sería, en opinión de Estados Unidos, la mejor prueba de ello. También la puesta en marcha del programa nuclear iraní ha envenenado las relaciones entre ambos países, acarreando numerosas sanciones comerciales al régimen de los ayatolás. Precisamente, esta última situación es la que ha hecho que el deshielo haya comenzado entre ambos países. La aceptación por parte de Teherán de una mayor supervisión de su programa nuclear ha permitido la tan esperada conversación entre Obama y Rohani.

Y subrayo lo de “esperada conversación” porque, a mi modo ver, Irán debe ser considerado como un actor fundamental en los acontecimientos de Oriente Próximo. En este sentido, sería de muy corta visión que esta nueva relación irano-estadounidense se limitase sólo al programa nuclear. La Administración Obama debería ser más valiente y reconocer la importancia de Irán en la zona, con independencia del régimen que lo sostenga. Pensemos que Irán es uno de los grandes productores mundiales de petróleo; es un país poblacional y geográficamente grande en la región; es la gran potencia chiíta en la zona y, por lo tanto, con un enorme ascendiente sobre los chiítas de todos los países de la región; y, por último, es el gran aliado de Rusia en esta parte del mundo. Para mí, son razones suficientes para devolver a Irán su *status* de gran potencia en el Próximo Oriente. De hecho, así se puso de manifiesto recientemente en su participación en el fin de los conflictos de Irak y Afganistán. Por eso insisto en que Obama debería ir más allá del programa nuclear, a pesar de los bramidos en la Asamblea de las Naciones Unidas del primer ministro israelí Benjamin Netanyahu. Hay que pensar en Irán más que como problema como parte de la solución a la convulsa situación de Oriente Próximo, empezando por la pacificación del conflicto de Siria, por ejemplo, donde el régimen de los ayatolás pueden hacer grandes aportaciones.

6 de octubre de 2013